

UN ARTISTA,

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCES

POR

D. Manuel Antonio Lasheras.

Segunda edicion.

A DELEGADA
DEL
RO ARTÍSTICO

depositados en la
teca Nacional

Procedencia

FORRÁS

e la procedencia



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1841.

PERSONAGES.

STEFANO.
LEONOR.
RUGGIERO.
MIGUEL ANGEL.
APPIANI.

ASCANIO.
UN ENVIADO.
UN CRIADO.
PREGONERO.
DUEÑA.

La acción en Florencia en 1550.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorización, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

Taller de Ruggiero. Sala grande bien alumbrada; por todas partes se ven mármoles, yesos y fragmentos de estatuas antiguas y modernas. A la derecha un nicho, al que se sube por tres escalones, cubierto con una cortina encarnada. Puerta de dos hojas en el fondo; otra lateral; á la izquierda una mesa con varios dibujos. La puerta del fondo estará abierta y se verá una plaza y varios edificios de Florencia.

ESCENA PRIMERA.

RUGGIERO, ASCANIO, *luego* STEFANO.

Ruggiero, sentado, con muestras de abatimiento. Ascanio de pie y recorriendo de cuando en cuando la estancia.

Asc. Te lo repito, Ruggiero; ya es tiempo de que pienses en el porvenir; de que te esfuerces en abandonar esa vida oscura y desarreglada, y de que desechando esos pensamientos de orgullo y de grandeza, trabajes con orden y constancia, único medio de conseguir dinero. A pesar de que nunca has querido seguir mis consejos, no puedo mirar con indiferencia que al fin tu madre era hermana mia, y así luego que he llegado á Florencia, he venido á verte para indicarte los medios de mejorar tu situación.

Rug. Te lo agradezco en extremo; pero nada necesito.

Asc. Piénsalo bien, Ruggiero. Recuerda que tienes un hermano, que solo cuenta con tu apoyo; que llegará dia en que te reconvenga y te pida cuentas del modo con que has mirado por su educacion.

Mira, tengo un amigo íntimo que va á emprender un viage á Levante para asegurar el empleo de considerables capitales. Necesita un compañero, una persona segura en quien poder confiar para que le ayude. Esta persona llevará parte en las ganancias, y yo he pensado que tú...

Rug. Gracias, Ascanio, no quiero ser mercader.

Asc. Es mucha tu terquedad, y muchas las desgracias que ha de acarrearle tu orgullo. Esa manía de querer ser grandes artistas y poetas y de alcanzar renombre, ha perdido á muchos, y te perderá á tí; pero al menos deberias compadecerte de ese niño, cuya suerte te está confiada, mirar por él y no hacerlo desgraciado. ¡Pobre Stefano!

Stef. *(Saliendo por el foro con precipitacion.)* Ruggiero! Ruggiero!

Rug. Qué? qué es eso?

Stef. Mira, mira.

Rug. Qué gente es esa?

Stef. Curiosos que se agrupan á escuchar un pregon. *(Ruggiero se estremece y escucha. Durante las últimas réplicas de Ruggiero y Ascanio, la plaza se habrá llenado de gente que rodea al pregonero. Stefano vuelve á la puerta.)*

Preg. En nombre de su alteza, Cosme de Médicis, primer gran duque de Florencia, se cerrará hoy á las cuatro el concurso abierto para la presentacion de una estatua de santa Cecilia, destinada al altar mayor de la capilla del palacio Pitti. Y queriendo dar á este acto una magnificencia que deje largos recuerdos en Italia, hemos convidado al célebre artista Miguel Angel Bounarotti para que ocupe un puesto entre los jueces. El vencedor se proclamará al estruendo del cañon de la ciudadela, y será conducido en triunfo hasta el pie de la escalera grande de nuestro palacio, donde le coronará con el laurel de oro nuestra esposa Leonor de Toledo. *(Se oyen vivas y aplausos, y se retiran con el pregonero.)*

Asc. Ya has oido, Ruggiero. Supuesto que tanta aficion tienes á tu arte, ¿por qué no has hecho una estatua para entrar en competencia? O la has he-

cho quizás, y la tienes oculta detras de esa cortina. Vaya, si es asi veámosla.

Rug. Nada tengo que mostrarte.

Asc. Entonces me alegraria saber qué pensamientos son los tuyos? porque asi no puedes estar. Mira: el marques Appiani, que es íntimo amigo de mi Señor, está en vísperas de casarse y quiere regalar á su novia una magnífica casa de campo: Julio Brabante es el encargado de dirigir los trabajos de ella, y si quieres se le hablará en favor tuyo.

Stef. Y muy bien que podria mi hermano hacerse cargo de las esculturas; porque en Génova nuestro protector el senador Andrea Costa le mandó hacer todas las de su quinta, y me alegrára que las hubiérais visto.—Ah! Si no hubieran desterrado injustamente al buen señor, no nos veríamos como nos vemos, ni le faltaria á mi hermano proteccion y trabajo.

Asc. Con que conocéis al senador Andrea Costa?

Stef. Sí señor, y á su hija Leonor tambien. Cuando estábamos en Génova íbamos todos los dias á su casa.

Asc. Pues el senador se halla actualmente en Florencia, y su hija Leonor es la que va á casarse con el marques Appiani.

Stef. Estan en Florencia! y desde cuándo?

Asc. Hace un año.

Stef. El mismo tiempo que nosotros: oyes, Rugiero?

Rug. Ya lo sabia.

Stef. Y no has ido á verlos?

Rug. No.

Stef. Y ahora que Leonor va á casarse, no iremos á darle la enhorabuena?

Rug. No.

Asc. Parece como que te disgusta su casamiento.

Rug. A mí, por qué?... Además todavia no se ha verificado.

Asc. Es lo mismo que si lo estuviese.

Rug. Aunque sea asi, me guardaré muy bien de dar á mi protector la enhorabuena por semejante casamiento.

Asc. Pues el marques es riquísimo, y uno de los favoritos del gran Duque.

Rug. Dí mas bien que es su hijo bastardo, y que se gloria de ello; y añade para completar su elogio, que toda Florencia recuerda con indignacion la temprana muerte de su primera muger.

Asc. Eso no nos interesa. Baste saber que es muy rico y que paga con generosidad.

Rug. Antes preferiria morir de sed que deber un vaso de agua á su proteccion.

Asc. Ruggiero, eres incorregible, y caminas á tu perdicion.

Rug. Agradezco tu buen deseo; pero te suplico que me dejes cuidar á mí solo de mis intereses.

Asc. Está bien: si lo tomas así, nada hay que decir. Adios, Ruggiero. Recuerda lo que te he dicho: tu orgullo te perderá. (*Vase.*)

ESCENA II.

STEFANO y RUGGIERO.

Stef. Orgullo porque nada se le pide... y ha tenido valor para decir que desperdicias el tiempo, precisamente cuando mas trabajas... Se conoce que no ha observado la palidez de tu semblante, y lo demudado que está por las malas noches que pasas... Ah! si no me hubieses prohibido hablar de tus tareas, hubiera dicho que desde que hemos llegado á Florencia has ganado mas de doscientos ducados haciendo estátuas pequeñas de madera que vendes á ese judío Salomon Dorcas por una tercera parte de su valor.

Rug. Pero al menos guarda secreto, y nadie sabe el nombre del autor de esos juguetes.

Stef. Oh! nadie.—Me ha gustado el empeño de Ascacio en que le dejases ver lo que hay detras de esa cortina, cuando yo que soy tu hermano y confidente de todos tus pensamientos, lo ignoro. Regularmente será una estátua, porque te he visto comprar un hermoso trozo de mármol, y por señas que costó bien caro, pero jamás has dado un golpe

delante de mí, encerrándote para trabajar como un alquimista que prepara venenos. Y no creas que lo digo por quejarme, pero no me disgustaría saber qué estatua es esa... es una santa, ó una virgen? un profeta ó un mártir?... nada me has dicho. Lo que es yo, creí que era una santa Cecilia, y Dios sabe hasta dónde se habia remontado mi imaginación, y las esperanzas que habia concebido. Ah! hoy es el último día del concurso...

Rug. (Tomando una estatua.) Lleva á vender esa estatua á casa de Salomon Dorcas.

Stef. No podia venir á mejor tiempo. La has acabado esta noche? Gracias á Dios; ya tenemos para vivir algunos días. Qué linda es... Ruggiero, te acuerdas de las esculturas góticas que adornan el coro de nuestra señora en Génova? Cualquiera diria que este san Pedro ha sido tomado de allí.

Rug. He querido imitarlas.

Stef. Ah! si hubieras enviado una estatua á ese concurso!... pero siempre desconfias de tu trabajo, y es una desgracia... has perdido una magnífica ocasion!... estoy seguro de que te hubieras llevado el premio.

Rug. Vamos, déjame, no me hables de eso... vete.

Stef. (Aparte.) Está visto, no puedo descubrir nada. (Alto.) Voy á casa de Salomon, y volveré al instante. Adios.

Rug. No; guarda el dinero que te dé por el san Pedro, y vé á pasar el día en casa de tu maestro, trabaja.

Stef. Verás lo adelantado que estoy; no hago ya caricaturas, solo por darte gusto. Adios. (Aparte marchándose.) Siempre quieré estar solo... no sé qué pensar. (Vase, y Ruggiero cierra la puerta.)

ESCENA III.

RUGGIERO, solo.

Es cierto... pierdo una ocasion favorable; pero no soy dueño de mi obra... ademas, tampoco está concluida... aquel brazo!... esta noche un hombre será feliz en Florencia! el mismo Miguel Angel lo pro-

clamará vencedor... y yo! Ruggiero, lejos de tí la envidia... la fatalidad condena á algunos artistas á luchar eternamente con la oscuridad y la desgracia; y tal vez soy yo uno de esos desgraciados... hay insensatos que toman la aversion al humilde oficio de su padre por vocacion del genio, y la ambicion de riquezas por amor á la gloria, y quizá soy yo uno de ellos. De todos modos Stefano tiene razon, yo desconfio mucho de mí mismo, y la desconfianza es de muy mal agüero... para conseguir el triunfo es preciso estar persuadido de que se puede alcanzar... ah! sueños de mi juventud, falsa inspiracion que me dijo: levántate y marcha!... que ha sido de vosotros? (*Se sienta meditando: la puerta de la derecha se abre repentinamente y entran dos mugeres cubiertas de velos; Ruggiero se levanta y se dirige á ellas.*)

ESCENA IV.

LEONOR, RUGGIERO, LA NODRIZA DE LEONOR.

Leo. Ah! Ruggiero.

Rug. Mi Leonor! al fin te veo.

Leo. Escucha! no oyes pasos como de uno que se aleja?

Rug. No.

Leo. (*A la nodriza.*) Ve, Ines, colócatè á la puerta, y cuida de ella. (*La nodriza se va. La puerta queda entreabierta.*)

Rug. Qué temes?... cómo has estado tanto tiempo sin verme?

Leo. Mi padre se hallaba enfermo y no podia abandonarlo. No sé qué pesar le oprime; me oculta un secreto que quizás será la sospecha de nuestras relaciones; ah! si llegase á saberlas...

Rug. Eras perdida, no es verdad?

Leo. Ah!

Rug. Pues entonces renuncia á un desgraciado amor que solo puede acarrearle pesares y lágrimas. Piensa que á pesar del destierro de tu familia y de la pérdida de todas sus riquezas, las preocupaciones

levantan un muro de bronce entre los dos. Por mucha reputacion que pueda adquirir, jamas será suficiente para vencer el orgullo de un noble genovés, que cuenta príncipes entre sus antepasados... Y ya ves... nada adelantó, soy siempre pobre, desconocido, abandonado!... ah! te lo suplico, dejame, olvídame.

Leo. Olvidarte!

Rug. Sí; aunque no soy mas que un pobre artista, tengo tambien orgullo, y no puedo sufrir que mi amor te haga desgraciada.

Leo. Y qué motivo te he dado yo para que pienses así? te manifiesto mis inquietudes, y nada mas... en cambio, tú tratas de arrebatarme todas mis esperanzas suponiendo que mi padre no consentirá jamas nuestra union. Yo tengo mas confianza en su bondad y en su cariño. No es ya el senador Andrea Costa poseedor de inmensas riquezas, sino un anciano pobre y desterrado. Tú, Ruggiero, cres mas rico que él, pues tienes el porvenir.

Rug. Pues bien, Leonor, te lo diré todo aunque me acuses de cruel. El secreto que tu padre te oculta es que quiere casarte, y el marido que te destina es el marques Appiani.

Leo. Cielos!.. el marques Appiani? en efecto... nos visita con frecuencia, y á pesar de nuestras desgracias... pero no... no puede ser; hace un año que está desposado con una de las hijas del príncipe Colona.

Rug. De veras?

Leo. Estoy segura de ello... Y ademas mi padre podrá estorbar mi union con el que yo amo, pero no será capaz de obligarme á que sea muger de otro... crees tú que yo lo consentiria? No, Ruggiero, suceda lo que suceda; lo he jurado, seré tuya, ó de Dios; y sea cual fuere nuestra suerte, no me compadezcas nunca por haberte conocido; porque nuestro amor es puro, y en la soledad del claustro, y ante los altares del Señor, puedo llevar tu imagen grabada en mi corazon sin ruborizarme; y cuando llegue basta mi retiro la fama de tus triunfos; cuando oiga ponderar tus obras y ensalzar tu nom-

bre, podré decir con orgullo: yo soy la primera que comprendió su genio; yo soy la primera muger que amó.

Rug. Sí, la primera! la sola!... ah! Leonor, Leonor, eres un ángel nacido para mi consuelo... hoy mas que nunca estaba mi alma llena de desaliento y amargura; te he visto y todo se ha trocado. No sé cuál será mi suerte, ni qué porvenir me está reservado; pero tú me amas, y todo lo alcanzaré.

Leo. Y la Santa Cecilia?

Rug. He trabajado mucho desde la última vez que nos vimos: pero no me hables de mi trabajo cuando yo te hablo de mi amor; no me hables de la copia cuando estoy á los pies del original.

Leo. No la presentas en el concurso?

Rug. Cómo? piensas?

Leo. Que si pienso! sí...

Rug. Reflexiona que yo la he hecho para mí solo, queriendo poseer tu retrato y nada mas. Cuando la principié acababa de publicarse la orden del gran duque, y el nombre de Santa Cecilia ocupaba á todos los artistas. Esta fue la causa de ocurrirme el retratarte bajo la figura de Santa Cecilia. Despues de lo que ha pasado en Génova, el publicar tu retrato seria publicar nuestros amores. Yo no puedo concurrir á ninguno de esos saraos en que los grandes de Florencia logran verte sin velo, y seria decirles «ha venido á mi casa,» y lo peor es que tu padre lo sabria.

Leo. Ah! Ruggiero, qué hemos hecho!

Rug. Y despues... ya que todo se opone á mi felicidad, ya que quizás voy á perderte para siempre, no quisiera, á trueque de alcanzar la gloria de Miguel Angel, separarme de mi estatua... no te rias de mi locura; en ella estan confundidos mis sueños de amor, mis ilusiones de artista; y la amo como te amo á tí, y la miro como se mira una primera obra. Cuando estoy con mi estatua no estoy solo, y cuando tú vienes, creo que somos tres. Tiene un ligero defecto en el brazo que sostiene la lira, con tres golpes de cincel desapareceria, pero no me atrevo á darlos. Me parece que voy á hierla. A veces

contemplándola se me figura que va á animarse, á bajar del pedestal, y cual otro Pígmaleon, alargo los brazos para ayudarla.

Leo. Con que es decir que tengo una rival!

Rug. Tienes una hermana.

Leo. (*Adelantándose hácia la cortina.*) Veámosla al menos.

Rug. Espera. Me lleno de entusiasmo al hablar de ella, y despues quedo desalentado. Quizás todas las bellezas que admiro serán otros tantos defectos... aun no la he acabado... espera, espera, no la descubras tú, no coloques la realidad junto á la ilusion, la naturaleza junto al arte, la vida junto á la nada. Si la mirase estando tú á su lado perderia todo su prestigio.

Leo. Esa es demasiada desconfianza.

Rug. Ya que lo exiges. (*Toca un resorte y se abre la cortina. Se ve una Santa Cecilia en su pedestal: momento de silencio.*) Qué dices?

Leo. Que es preciso que esta estátua vaya inmediatamente al concurso.

Rug. Leonor!

Leo. No quiero que por mí quede desconocida esa obra. Es necesario que la vean, quiero que tú triunfes, aunque yo quede deshonrada, y aunque tenga que sufrir el peso de la maldiccion paterna.

Rug. Conseguir yo la gloria por medio de tu deshonra! nunca.

Leo. No, Ruggiero, no... tu amor honraria á una reina.. hablabas de la nada... esa es la vida... tenias razon... respira... va á hablar. Ah! seré digna de tí, generoso artista. Desechemos todo temor. Mi padre tendrá valor para oirme, y yo lo tendré para hablarle.

Rug. Bien, pero necesito su permiso... un hombre honrado, y si se opone á la publicidad de mi estátua no habrá fuerza humana que la arranque de mi poder.

Leo. Consentirá, yo te lo aseguro, y muy pronto tendrás la noticia. No tengas enidado. Seré tuya ó moriré. (*Vase precipitadamente*)

Rug. (*Solo.*) Ah! ella juzga segun las inspiraciones

de su amor; pero la multitud pensará de otro modo.
Stef. (Dentro.) Ruggiero, Ruggiero, ábreme.
Rug. Es la voz de Stefano. (*Echa la cortina.*) Pronto se decidirá mi suerte. (*Va á abrir.*)

ESCENA V.

RUGGIERO. STEFANO.

Stef. (Fatigado.) Calla! estabas encerrado?... Ah! cuánto he corrido!...

Rug. No te dije que pasaras el dia en casa de tu maestro?

Stef. Sí, riñeme ahora... ahí tienes. (*Echa un puñado de oro sobre la mesa.*)

Rug. Oro!

Stef. Ya somos ricos. Mira que hermosos ducados.

Rug. Quién te los ha dado?

Stef. Dado? nada de eso: es que he vendido muy bien el San Pedro!

Rug. Acaso Salomon Dorcas?

Stef. Sí, facil es, primero se le sacará el corazon que doce ducados de una vez! es un caso menos milagroso... figúrate que al salir de aquí me ocurrió una idea... como te habia hablado del concurso de la Santa Cecilia, quise ver las primeras obras que se habian presentado... la esposicion es aqui inmediato, en el palacio Appiani... y como era camino, entré, acababan de abrir, y solo habia otras dos personas y yo en la galería: uno de ellos era joven, pero el otro tenia la barba y el cabello blanco... se pusieron á mirar las estátuas una por una... el viejo criticaba que era un prodigio.

Rug. Qué decia?

Stef. Oh! era muy severo! su amigo solo contestaba sí, pues, y no daba muy buenas razones. En fin, estabamos delante de la mejor obra de la esposicion, cuando el viejo exclamó de repente tocándome en el hombro: ah! qué hermosa estátua! Yo creí que queria saber mi opinion, y le contesté, sí, no es mala. Y á donde la llevas, amiguito?—Ah! este San Pedro? á casa de un mercader. Tomólo

entonces en la mano y me preguntó si quería venderlo.—Por qué no? contesté yo. Mirad, señor marques, le dijo á su compañero, ya que el gran duque os ha encargado la suprema direccion de las bellas artes, y supuesto que quereis reunir en este museo obras de todas épocas, debéis comprar esta estátua: es del mejor tiempo del arte gótico! una escultura estraida de alguna capilla antigua! El otro principió tambien á alabarla, y últimamente me preguntó cuánto quería por ella: ya supondrás que yo no podia contener la risa; y no queriendo oírles disparatar mas, les dije: señores, el gran duque es digno de lástima si no tiene mejores anticuarios que vosotros. Mi San Pedro no es tan viejo como os figurais; solo hace dos horas que se concluyó: es una imitacion.—Se miraron sorprendidos, y el joven principió á reirse, pero el otro se puso de mal humor.—Una imitacion: es verdad! ahora lo veo: pero no le hace, este escultor tiene talento. Cómo se llama? es ún secreto, le respondí: el joven me dió entonces una bolsa, la tomé sin contar lo que contenia; les hice una cortesía, y aquí me tienes.

Rug. Pero el San Pedro no valia doce ducados...

Stef. Y qué los habia de rehusar?

Rug. No; porque al cabo les dijistes!... (*Para sí.*) El aviso de Leonor solo puede tardar una hora, y necesito tener dispuestos los operarios. Sí; voy á preparar todo y á ver la esposicion de estátuas. Me interesa conocer á mis adversarios.

Stef. No quieres dinero?

Rug. Tomaré la mitad. Adios! el éxito del San Pedro es un presagio feliz.

Stef. Para el de Santa Cecilia?

Rug. Cómo sabes que yo he hecho una Santa Cecilia?

Stef. Con que es verdad? y la vas á enviar? cuanto me alegro...

Rug. Luego lo sabrás todo. (*Le abraza y vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

STEFANO , *solo.*

Esta es la vez primera que me veo solo en el obrador... con que esa cortina oculta una Santa Cecilia! por qué tanto misterio? por orgullo sin duda; para evitar el disgusto de una derrota anticipada... no, estoy seguro de que triunfará, y él mismo debe tener mucha confianza en su trabajo cuando se decide á presentarlo. Con todo: aun no lo ha dicho de positivo y puede mudar de idea. Ah! Dios quiera que se mantenga en su resolucion. (*Miguel y el marques aparecen en el foro.*) Aqui estan mis dos anticuarios. (*Dirigiéndose á ellos.*)

ESCENA VII.

STEFANO , EL MARQUES APPIANI y MIGUEL.

Stef. Entrad, señores!

Mig. (*Bruscamente.*) Buenos dias.

Stef. Me alegro mucho de veros, ¿quién os ha dicho donde viviamos?

Mar. Salomon Dorcas.

Stef. Habrá charlatan!

Mar. (*A Miguel.*) Veis como yo tenía razon, inmediato á las ruinas del palacio de Lorenzo.

Mig. Siempre la teneis, es ya cosa sabida.

Mar. (*Riéndose.*) Ah! no podeis olvidar vuestra equivocacion. Cuidado que ha sido lance; que yo no la conociera, nada tiene de particular... pero vos; creer que era una estatua gótica!

Stef. (*Riéndose.*) Estraida de alguna capilla antigua.

Mar. (*Lo mismo.*) Y que contaba trescientos años de fecha!

Stef. (*Riendo y tocándole en el hombro.*) Como esas las hacemos aqui todos los dias.

Mar. Vamos, dejemos eso.

Mig. Dónde está el dueño de la casa?

Stef. Quién?

Mig. El artista.

Stef. Los dos lo somos, el mas joven presente; el otro ha salido.

Mig. Le esperaré.

Mar. No seria mejor dejar dicho?...

Mig. No señor. Lo mejor para mí es hacer lo que me parezca; soy libre.

Mar. Pero el gran duque os espera.

Mig. Que espere!

Mar. (*Aparte.*) Es preciso sufrírselo todo!

Stef. Tomad asiento, señores.

Mig. Vives tú aqui?

Stef. Con mi hermano.

Mig. Qué edad tiene tu hermano?

Stef. Veinte y cuatro años.

Mig. Y sabes si se ocupa en algun trabajo mas importante que el que nos vendistes hace poco?

Stef. Mas importante?

Mig. Tu hermano tiene talento, y no quiero que pierda el tiempo en hacer juguetes.

Stef. Juguetes! no deciais eso antes.

Mig. Estoy seguro de que tu hermano piensa como yo cuando no quiere poner su nombre en esas friolerías. Dime: por qué no ha hecho una estatua de Santa Cecilia para la esposicion?

Stef. Nunca me da cuenta de sus acciones.

Mar. (*Aparte á Miguel.*) No quereis convenceros que os habeis engañado segunda vez. Esa estatua de San Pedro tenia mérito; pero el que le ha hecho no es un talento privilegiado: ya lo veis, nos retiramos?

Mig. No. Ese joven tal vez ignora lo que es capaz de hacer, y yo quiero tener el gusto de revelárselo. Señor marques, en un dístico se conoce un buen poeta, y en una cincelada un buen escultor; quizás voy á hallar aqui un genio: no os opongais á mi descubrimiento, porque los de esta especie son ya muy raros.

Mar. Sois muy descontentadizo. Hay en la esposicion obras admirables; la de Rolando, la de Pise, la de Juan de Bologne.

Mig. Todo lo que hemos visto es amanerado, sin gracia y sin ingenio, no hay nada original; esas gentes no saben mas que copiar, cuando solo se debe

imitar y estudiar la naturaleza! Lo mismo sucede en Roma. La corrupcion del gusto me espanta, y nunca creí que en un siglo que principi6 por Rafael y Leonardo Vinci... pero callaré, no creais que tengo envidia.

Mar. La nobleza de vuestro caracter...

Mig. Ah! tengo muchos enemigos en Florencia, y es muy justo, he nacido aqui; todos se quejan de mí porque dicen que soy envidioso! Yo envidioso!

Mar. Sin embargo...

Mig. El dia que murió Rafael, ese genio divino, fue el mas cruel de toda mi vida. Yo entré en su casa al mismo tiempo que Leon X fue en persona á llevarle el laurel. La Transfiguracion, obra maestra de la pintura, estaba colocada cerca de su lecho, y para probar mejor la importancia de una pérdida tan irreparable, no estaba concluida. Rafael, tu alma ha recibido las lágrimas que derramé sobre tu cadaver! Pues bien! al salir de alli, me dijo Vasari, que todas las miradas contemplaban mi semblante, queriendo descubrir en él señales de una alegria interior, y que nadie habia creido en la sinceridad de mi sentimiento.

Mar. Desechad esos tristes recuerdos, y no habléis de una pérdida que solo vos creéis irreparable. Aunque hace quince años que estais ausente de Florencia, no teneis en ella mas que admiradores y amigos! Quedaos algunos dias mas y os convencereis de lo que digo. Qué interes os llama á Roma?

Mig. Mis obras, mis discípulos y la costumbre.

Mar. (Riéndose.) Ah! Si el gran duque oyese mis consejos, no os dejaria salir de Florencia.

Mig. Y creéis que obtendria nada de mí por fuerza?

Mar. Alcibiades hizo encerrar á Parrhasio, y lo privó de todo alimento hasta que concluyó una pintura al fresco que nunca habia querido hacer.

Mig. Pues yo hubiera muerto mil veces antes que hacerla; y os felicito por las ideas tan oportunas que se os ocurren para animar á los artistas.

Mar. De todo soy capaz por hacer que concurrais á una fiesta que preparo en mi palacio de Appiani.

Mig. Qué fiesta es esa?

Mar. La de mi casamiento.

Mig. Pues no estabais comprometido con la hija segunda del príncipe Colona?

Mar. Sí, pero era un enlace por razon de estado, una especie de contrato entre dos familias, en el que no se tuvo presente la voluntad de los contrayentes. Estoy demasiado convencido de las fatales consecuencias que suelen tener semejantes matrimonios para consentir en él... y por eso he resuelto casarme con la hija de un noble genoves, proscrito por injusticias del senado.

Mig. Haceis muy bien; y si accediendo á las repetidas instancias del Dux, llego á ir á Génova, trataré de ser útil á vuestro suegro. (*Acabada esta frase se acerca á Stefano, que durante la conversacion se ha sentado á dibujar, sin dejar de mirarlos de cuando en cuando.*) Y tú eres tambien escultor?

Stef. (*Ocultando precipitadamente el dibujo.*) No señor, soy pintor.

Mig. Quién te enseña?

Stef. Andrea Solari.

Mig. Y á tu hermano?

Stef. (*Como repitiendo lo que ha oido decir á su hermano.*) Mi hermano tiene dos escelentes maestros; y segun él dice, no sabe á cual de los dos debe estar mas agradecido: el uno es la naturaleza...

Mig. Bien!... y el otro?

Stef. El otro Miguel Angel.

Mig. Y en dónde ha estudiado con Miguel Angel?

Stef. En todas partes. Miguel Angel es un sol, cuyos rayos alumbran y fecundizan á toda Italia. Sin embargo, en Génova no se encuentran mas que algunas copias.

Mig. Con que sois genoveses?

Stef. Sí señor. Solo hace un año que estamos en Florencia.

Mig. Y cómo és que tu hermano no ha ido á Roma teniendo en tanta estima á Miguel Angel?

Stef. Eso mismo le suelo yo decir. Hubiera sido mas acertado. El Papa sabe proteger las artes mucho mejor que el gran duque; porque es un hombre

ilustrado y generoso , al paso que este... (*Miguel le hace señas de que calle.*)

Mar. (*Aparte.*) Genoveses... y hace un año que estan en Florencia... si será? (*Alto.*) En fin, dinos cuál es el nombre de tu hermano para que el gran duque lo sepa.

Stef. Supuesto que ya sabeis su casa no hallo inconveniente: se llama Ruggiero.

Mar. (*Aparte.*) Ruggiero... (*Saca un libro de memorias que registra con precipitacion.*) Es el mismo de quien me habló el conde Grimani... Estraño encuentro! ¿Pero habia de olvidar Leonor quien es, hasta el extremo... No puedo creerlo; Grimani era un echadizo del príncipe Colona. Con todo, quiero asegurarme y volver á preguntarle. (*A Miguel que anda registrando el obrador.*) Maese Miguel quedad con Dios, no tengo paciencia para esperar tanto. Ya veo que no os desayunareis hoy con nosotros.

Mig. No os incomodeis por mí. Ya sabeis mis caprichos.

Mar. (*A Stefano.*) Ya volveré á vér á tu hermano.

Stef. (*Acompañándole.*) Cuando gustéis, señor marques. Mi hermano sentirá en éstremo no haber estado en casa. (*Vase el marques.*)

ESCENA VIII.

STEFANO, MAESE MIGUEL.

Mig. Sabes si tu hermano tardará mucho en venir?

Stef. Ya debia estar de vuelta... á no ser que se haya detenido en el palacio Appiani. Si entre tanto quereis ocupar el tiempo en algo.

Mig. De qué modo?

Stef. Almorzando.

Mig. (*Riendo.*) Ah! Ah!

Stef. Sin cumplimientos. Un poco de fruta , pan y un vaso de agua, es un escelente desayuno.

Mig. Es lo que tomo diariamente.

Stef. Mucha frugalidad es esa.

Mig. En efecto; pero hablemos de otra cosa. (*Señalando los dibujos que estan sobre la mesa.*) Sabes

que no te faltan disposiciones para el dibujo?

Stef. Hola! De veras? (*Con ironía.*)

Mig. Conseguirás hacer buenos retratos.

Stef. Sí; soy algo fisonomista.

Mig. (*Presentándole de repente el dibujo que acababa Stefano de hacer.*) Como lo prueban estos perfiles.

Stef. Cómo es eso: no sabeis que la cartera de los artistas debe ser respetada?

Mig. Mi compañero está muy bien: el mismo aire de baladronada... yo estoy perfectamente.

Stef. Gracias, gracias.

Mig. Pero esta pierna está péximamente dibujada. (*Toma un lapiz y la corrige.*)

Stef. Hola! Maese Miguel, con qué dibujais?

Mig. Cómo sabes mi nombre?

Stef. Se lo he oido á vuestro compañero.

Mig. Está bien. Dime: en qué se ocupa tu hermano?

Stef. Siempre está trabajando; y ya que, segun habeis dicho, conoceis al gran duque, bien podiais recomendárselo.

Mig. Los hombres de talento deben recomendarse primero á sí mismos. Por qué no ha hecho tu hermano una estatua?

Stef. (*Con atolondramiento.*) Quién sabe si la ha hecho ó no?

Mig. Y la tiene oculta detras de esa cortina!

Stef. Quién os ha dicho?...

Mig. Lo he adivinado: nosotros los mercaderes tenemos largo el olfato.

Stef. Hola! con que sois mercader?

Mig. Tengo en Roma mi casa de comercio.

Stef. Pero mirad que yo no os he dicho nada de la estatua.

Mig. Y á qué viene tanto secreto?

Stef. No sé; hoy ha prometido explicarme todo el misterio, y á fe que no hay tiempo que perder, porque esta tarde se cierra la esposicion.

Mig. Luego es una Santa Cecilia?

Stef. Ah! Maese Miguel, Maese Miguel; sois demasiado curioso, y os aprovechais de mi atolondramiento.

Mig. Amas á tu hermano?

Stef. Que si le amo!

Mig. Pues entonces no me ocultes nada! Por qué no ha presentado todavia la estatua?

Stef. Qué sé yo... quizás no la envíe, es tan delicado, tan tímido.

Mig. Ya... pero es preciso saber á qué atenernos.

Stef. Es verdad; pero me lo tiene tan prohibido.

Mig. Es para animarle...

Stef. Eso es lo que yo digo.

Mig. Apostaria á que su obra merece el premio.

Stef. Y yo tambien.

Mig. (*Dirigiéndose á la cortina.*) No sé como descorder la cortina...

Stef. Aguardad! me pondré de centinela.

Mig. Tiene algun resorte?

Stef. A la altura de la mano... á la derecha; buscadlo con cuidado.

Mig. Ya lo encontré. (*Descorre la cortina y baja los escalones.*) Ah! es una obra maestra.

Stef. (*Acercándose á Miguel.*) Ruggiero! hermano mio! Ah! no es verdad que es sublime?

Mig. No me engañé, señor marques!

Stef. Qué espresion... pero yo quiero conocer esa cara... sí, es ella... es Leonor... qué descubrimiento!

Mig. (*Sin oir á Stefano.*) Es un Rafael escultor!... Italia!... Italia!... este es uno de los dias mas felices de mi vida! Ah! ya no me admiro de que haya ocultado su obra con tanto cuidado... el aire, el aliento, una mirada, podrian alterar ese mármol frágil, empañar esa bella flor... Ahora ya puedo morir tranquilo; tengo un sucesor... (*Retrocede algunos pasos y se da una palmada en la frente.*) Tiene un defecto en el brazo de la lira!

Stef. Un defecto!

Mig. Sí, en la articulacion.

Stef. Un defecto!

Mig. Se viene á los ojos.

Stef. Está visto, Maese Miguel, no entendeis una palabra.

Mig. Escucha; alguien se acerca, será tu hermano?

Stef. Mi hermano! (*Corre al fondo, y Miguel toma un cincel y un mazo y corrige el defecto.*)

Mig. (Trabajando.) Por qué temblará mi mano?

Vamos, dominemos mi emocion.

Stef. (Volviéndose.) Qué haceis? tocar á la estátua de mi hermano? Socorro! socorro!

Mig. Calla! tu hermano se acordará de mi visita.

Stef. Para maldeciros!

Mig. Para darme gracias. (*Para sí.*) El defecto ha desaparecido.

Stef. Ahora sí que es él! Dios nos asista.

Mig. Silencio! (*Corre la cortina.*)

ESCENA IX.

MAESE MIGUEL, en el fondo, RUGGIERO y STEFANO.

Rug. (Pensativo.) Quería darme á conocer, y ahora tiemblo de que llegue el momento... Aquella estátua de Juan de Boloña!... Sí... es mejor que la mia... Cuán injusto y cruel es el fallo de la multitud (*Ve á Stefano que se le acerca.*) Ah! Stefano!

Stef. Mucho has tardado! Qué tienes?

Rug. Nada. Vengo de ver la esposicion y hay obras magnificas.

Stef. No tanto.

Rug. Quizás será mejor no enviar la mia... no quiero sufrir una derrota en el primer combate.

Stef. Qué désatino!

Mig. (Colocándose entre los dos hermanos.) Desconfiais realmente de vuestro trabajo?

Rug. Caballero!...

Stef. El señor es un mercader de Roma... el que ha comprado el San Pedro.

Rug. Habeis dado demasiado aprecio á una bagatela

Mig. Me alegro de oiros hablar asi. En lo sucesivo debeis emplear mejor el tiempo.

Rug. Podré saber en qué puedo seros útil?

Stef. Sí, sí; decid qué quereis.

Mig. (Mirando á Ruggiero con mucha atencion.) Nada.

Rug. Me conocéis?

Mig. No; pero ya nos conoceremos en adelante. Hallo en vuestra fisonomia lo que buscaba.

Stef. (Aparte.) Vaya un examen curioso é intempestivo. Si será un espía?...

Mig. Os pareceis á un joven de quien hablaba hace poco, y cuya muerte me arrancó las únicas lágrimas que he derramado, en mi vida.

Stef. (Aparte.) Pobre hombre! *(Alto.)* Algun hijo quizás?

Mig. Solo en él consistió que no lo fuese. *(Pausa.)* No estamos acordes en nuestra opinion sobre el mérito de las estátuas que se han presentado. La mejor me parece mala.

Rug. Esa es mucha severidad.

Mig. Severidad no, justicia.

Rug. Me parece que para apreciar en su justo valor los trabajos de un artista, para comprender su pensamiento y para hacer justicia á sus esfuerzos...

Mig. Es preciso ser tambien artista. Tal vez teneis razon. Esa modestia os hace mucho honor: á vuestra edad pensaba yo lo mismo que vos. ¿Quereis darme la mano y el título de hermano vuestro?

Rug. Con todo mi corazon; pero quién sois?

Mig. (Riendo.) Un mercader de Roma; no es verdad, Stefano. *(Vase.)*

ESCENA X.

RUGGIERO, STEFANO.

Rug. Un mercader de Roma! Estás seguro, Stefano?

Stef. No sé mas, sino que me parece el hombre mas singular del mundo.

Rug. En efecto... pero... despues hablaremos de tan estraña visita. Oye: necesito salir de la incertidumbre en que estoy... He hecho una Santa Cecilia y quiero que la veas, que la juzgues imparcialmente y me digas con franqueza tu opinion, porque tal vez de ella pende mi resolucion.

Stef. (Aparte.) Pues, señor, ahora va á ver lo que ha hecho el mercader, y soy perdido. *(Alto.)* Hermano...

Rug. Aunque eres joven todavia, conoces demasiado lo sagrado de un juramento; y asi no necesito pon-

derarte la importancia del que te voy á exigir: jurame no hablar á nadie del secreto que vas á saber.

Stef. Te lo juro... pero...

Rug. (Tomando á Stefano de la mano.) Ven, ven, y me dirás si el brazo que tiene la lira... (Descorre la cortina y sube los escalones.) Ah!... Es un sueño! Es ilusion!... Stefano, ese hombre que acaba de salir?...

Stef. Qué?

Rug. Ha descorrido esta cortina?

Stef. Hermano mio!

Rug. Ha tocado con el cincel á la estátua?

Stef. (De rodillas.) Perdóname!

Rug. Es Miguel Angel!!

Stef. (Levantándose.) Miguel Angel! y yo que le he dicho que no entendia una palabra!

Rug. (Riendo y llorando.) Miguel Angel ha visto mi estátua! Ha venido á mi casa!... Ah! mi casa es ahora un templo... Pero qué decia? qué decia? Oh! me ha dado la mano y me ha llamado hermano! Yo su hermano!... Con qué fuerza me late el corazon, Hermano! El placer me embarga el sentido... Dios mio! Ya soy feliz. (Cae medio desmayado en los escalones.)

Stef. Vuelve en tí, hermano mio, tranquilízate... nadie muere de alegria... Sí; te ha llamado hermano, y me ha dicho que tu Santa Cecilia era una obra maestra... ademas! Además que tú serias el Rafael de los escultores... Vacilarás todavia despues de lo que ha pasado? El voto de Miguel Angel es el de toda la Italia. Una prediccion suya es una orden del destino. Levántate, Ruggiero, levántate! Hoy es el dia de tu triunfo.

Rug. Ah! No sé lo que será de mí!... Acabo de experimentar la emocion mas fuerte que puede sufrir el alma de un artista... (Pausa.) Mucho he padecido, Dios mio, mucho, pero jamás he maldecido mi suerte, ni desconfiado de tu bondad... ahora puedo bendecirte porque has trocado en alegria mi amargura... Y tú, hermano mio, tú que has sido siempre mi fiel compañero, que me has ayudado á sobrellevar mis penas, sufriendo con paciencia los

arrebatos de mi desesperacion, ven á mis brazos y perdóname, ven y alégrate conmigo. (*Se abrazan.*)

Stef. Sé feliz, hermano mio! Desde hoy puedes decir que eres digno de ella... Y yo que te acusaba de haberla olvidado... Leonor! mi hermana!

Rug. La has conocido? Acuérdate del juramento que has hecho. Nuestro amor es todavia un secreto; pronto quizás seré dueño de publicarlo. (*Va á correr la cortina.*)

ESCENA XI.

DICHOS y UN PAGE.

Stef. Qué quieres? A quién buscas?

Page. Traigo una carta para vuestro hermano.

Rug. De quién? me parece que te conozco... dónde nos hemos visto?

Page. En Génova. (*Toma la carta.*)

Rug. Estás al servicio del senador Andrea Costa?... sí, estas son sus armas. Es suya esta carta, no es verdad? (*El page responde con un gesto afirmativo.*)

Stef. Estás temblando!

Rug. No; pero no puedo recibir con indiferencia un mensaje de mi bienhechor. (*Stefano y el page se retiran algunos pasos. Ruggiero abre la carta.*)

«Ruggiero: todo lo sé. Si no tuviese un hijo á quien debo dar cuenta del nombre de mis abuelos, quizás consentiria en darte el nombre de tal. Reflexiona los deberes que me impone mi estado y sé tú mi juez. Si el marques Appiani se casa con Leonor, el gran duque debe intervenir con la república de Génova para que me devuelva mis bienes y mis títulos, ó mas bien para que los devuelva á mi hijo. El sacrificio de Leonor es necesario y el tuyo tambien. Renuncia al menos por algun tiempo á presentar una estatua. Lisa del Giocondo se vió deshonrada cuando Leonardo Vinci publicó su retrato. Ah! Ruggiero, ten presente mi ancianidad y mira por el honor de una familia que te ha recibido en su seno.»

Page. Qué respuesta doy á mi amo?

Rug. Dile que mi hermano se la llevará. (*Vase el page.*)

Stef. Qué agitado estás? muéstrame esa carta.

Rug. Te he confiado mi secreto; mira si importa guardarlo.

Stef. (*Despues de haber leído.*) Cielos, qué es lo que te pide? no presentar la estatua! dí que no. Aunque sea el retrato de su hija bien puedes haberlo hecho de memoria.

Rug. Lisa del Giocondo se vió deshonrada y no habia ido en secreto á casa de Leonardo; y no estaba prometida á un marques Appiani.

Stef. Ah! Ruggiero!

Rug. Vé á casa del senador Andrea Costa: dile que tú solo conoces mi secreto, y añádele que la estatua de su hija no me pertenece á mí, sino á él: que pronuncie una sola palabra, y la misma mano que la ha formado la destruirá. (*Hace el gesto que indican las palabras.*)

Stef. Desgraciado!

Rug. La felicidad es una sombra, tras la cual se corre sin alcanzarla jamás.— Si exigiese el sacrificio!— No importa.— Con todo, dile que la estatua está oculta como lo está un cadáver en el sepulcro.— No, no le digas nada, seria una vileza.

Stef. Lloras?

Rug. Sí; y me avergüenzo... pero, qué quieres?... La visita de Miguel Angel, su mano que ha estrechado la mia!... y en efecto, soy joven, tengo fuerzas... haré otras obras!... Parte y muestra mas valor que yo, desempeñando noblemente la comision que te he dado.

Stef. (*Aparte.*) Voy; pero ya sé lo que he de hacer... hay un hombre que puede vencer todas las dificultades. (*Vase.*)

Rug. (*Solo.*) Leonor! Leonor! ah! qué me importa ahora la gloria? Solo la queria para ponerla á tus pies... Leonor perdida para mí! Su deber le impone la obligacion de casarse con Appiani, y yo debo contribuir al sacrificio. «Mira per el honor de una familia que te ha recibido en su seno.» Sí, sabré hacerlo.

ESCENA XII.

RUGGIERO, EL MARQUES APPIANI y *acompañamiento*.

Mar. Os llamais Ruggiero?

Rug. Qué me quereis?

Mar. Soy el marques Appiani. Habeis hecho una estatua de santa Cecilia para la esposicion. Miguel Angel la ha visto y la ha ponderado tanto al gran duque, que este me envia á buscarla.

Rug. A vos?

Mar. Su alteza desea conoceros, y me ha encargado que os lleve á su presencia.

Rug. Qué fatalidad!

Mar. No teneis la estatua detras de esa cortina? Mostrádmela. Miguel Angel ha hecho de ella tal elogio que... (*Se dirige al nicho.*)

Rug. Deteneos. La casualidad, el atolondramiento de mi hermano han sido la causa de que viese la estatua un grande hombre que la ha juzgado con demasiada indulgencia; pero nadie mas que él la verá en Florencia.

Mar. Qué decís? desconfiais de vos mismo, despues de haber obtenido la aprobacion de Miguel Angel?

Rug. Mi estatua no estaba destinada al concurso.

Mar. Pues no es una santa Cecilia?

Rug. Aunque lo sea, yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis caprichos.

Mar. (*Sonriéndose.*) Y yo debo darla al gran duque de la comision que me ha encargado. Tened por cierto que no saldré de aqui sin la estatua.

Rug. Aun cuando estuviese vendida de antemano?

Mar. Sea cual fuere la cantidad que os hayan ofrecido, yo la duplico.

Rug. Y mi palabra?

Mar. Se os absolverá de ella.

Rug. Con la autoridad del Papa, no es verdad? Hablais, señor, con un hombre que no entiende así el honor. Además, quién os ha dicho que la estatua no esté vendida al Papa?

Mar. (*Con viveza.*) Es cierto lo que decís?

Rug. Con qué derecho me lo preguntais?

Mar. Con qué derecho?... Vamos, se conoce que no me entendeis. Sabed que el gran duque está dispuesto á otorgaros el laurel de oro.

Rug. No quiero comprar la gloria con una infamia.

Mar. Con una infamia?

Rug. Sí; porque... pero qué digo?

Mar. Vaya; dejemos eso y no os detengais... los deseos del gran duque son órdenes.

Rug. Ordénes! para con sus vasallos en buen hora, pero yo no soy de Florencia, soy genovés... Ciudadano de una república libre.

Mar. Nada importa: la estatua ha sido hecha en Florencia, y pertenece á Florencia.

Rug. Eso lo veremos.

Mar. (*Bajo.*) Pero, por qué rehusais el triunfo? es al gran duque, ó á mí, á quien no quereis mostrar la estatua?

Rug. No os entiendo.

Mar. Ya me entenderéis.

Rug. Es una amenaza?

Mar. No, una sospecha.

Rug. Pues bien, me explicaré y veremos si vuestras conjeturas convienen con la realidad. Quereis saber por qué no quiero vender mi estatua al gran duque? Porque soy hombre antes que artista: porque desde que estoy en Florencia no oigo mas que lamentaciones y quejas por todas partes, y hasta las piedras se conmueven al solo aspecto del tirano que ha destruido la libertad de su patria, una libertad sin la que sus abuelos nada hubieran sido. Que ha hecho asesinar vilmente en Venecia á su primo Lorenzo: que ha intentado envenenar á Julian, hijo de su hermano y niño todavia; y que en el corto espacio que lleva de reinado ha hecho caer mas de cuatrocientas cabezas. Escelente principio por cierto! Le aborrezco y le desprecio: y antes me cortaria la mano que trabajar para él. Ya conoceis el motivo de mi negativa; no busqueis otro; id á decir á Cosme de Médicis el elogio que de él he hecho en presencia de su bastardo.

Mar. Miserable!... pero antes de castigarte quiero aclarar mis sospechas... Hola!

Rug. Ah! Señor, qué vais á hacer? perdonadme; no sé lo que me digo: ya lo veis. Quereis que me postre á vuestros pies? ya lo estoy; no me arrebateis mi estatua.

Mar. (Arrojando un bolsillo sobre la mesa.) Ahí tienes oro. La estatua pertenece ya al gran duque; descorred esa cortina. (Hace una seña á sus criados que se acercan.)

Rug. Pues bien; asesina al artista sobre los restos de su obra. (Corre al nicho, toma el martillo que estaba sobre los escalones y pasa detras de la cortina; se oye un grito de desesperacion y de rabia, y el ruido al mármol que se rompe. Vuelve Ruggiero á salir y se deja ver la estatua destrozada. La muestra del marques con aire de triunfo.) Mira tómalala! llévatela ahora!... lléva... tela. (Retrocede algunos pasos y cae desmayado)

Mar. Que has hecho, desgraciado? (Se acerca al nicho.) Destrozada! qué furor tan extraño!... Hay aqui un misterio que no me atrevo á penetrar. (Los criados del marques levantan á Ruggiero y le prodigan sus cuidados.)

Un criado. Ya vuelve en sí, señor.

Mar. Ah! no podria soportar sus miradas. Salgamos, salgamos! (Vanse precipitadamente.)

ESCENA XIII.

RUGGIERO, solo, volviendo en sí.

Leonor! en dónde estoy?... no sé lo que siento... estaba dormido y he soñado... no, no es eso, qué ha sucedido?... no me acuerdo... no sé.

ESCENA XIV.

RUGGIERO, STEFANO; luego ASCANIO.

Stef. (Muy alegre y fatigado.) Ah! Ruggiero! Ruggiero! qué buenas noticias! He visto á Miguel Angel, y se lo he contado todo. Si vieras con qué interes me escuchaba, me dijo que no tuvieses nin-

gun cuidado. No sé lo que piensa hacer, pero entró en la cámara del gran duque y han mandado llamar al senador Andrea Costa.

Asc. (Saliendo.) Adios, Ruggiero, vengo á felicitarte. En toda Florencia se dice que has hecho una obra maestra y que te conceden el laurel de oro.

Stef. Pero qué tienes? me miras con los ojos fijos!... me da miedo.

Rug. Sí, escóndeme; ocúltame, vienen á prenderme, Stefano.

Stef. Qué dices?

Rug. No sabes que Leonor!...

Stef. Qué?...

Rug. Ha vuelto... me miraba con sonrisa, y me decía, ven, ven... y yo... como era preciso que nadie la viese, la he asesinado!

Stef. A Leonor!...

Rug. Sí, á Leonor... á la estatua... no sé... pero, no es verdad que es un crimen?... Debí compadecerme de ella! era tan hermosa! mira!... (*Coge á Stefano de la mano y le muestra la estatua.*)

Stef. Asc. (Esclamando.) Ah!

Asc. Infeliz! qué has hecho?

Stef. Ah! todo lo comprendo! pobre hermano mio.

Asc. Si, llora, llora, y abandóname; nada ha respetado mi ciego furor, ya lo ves, habia una estatua sobre su sepulero y tambien la he destruido; ves ese brazo que sostenia la lira? Miguel Angel lo habia acabado. Oh! he roto una estatua que Miguel Angel habia retocado y no se ha abierto un abismo á mis pies! Dios mio! castiga al sacrilego asesino que ha muerto á su amante y á su propio hijo. (*Se desmaya.*)

ESCENA XV.

DICHOS, MIGUEL ANGEL, LEONOR, nobles y pueblo de Florencia.

Mig. (Viendo la estatua.) Desgraciado! Qué has hecho?... Acababa de obtener para tí la mano de tu amada, y el gran duque habia empeñado su pala-

bra de hacer que se restituyesen á su padre todas las dignidades que antes gozaba.

Leo. Ah! Ruggiero, nunca podrá mi amor recompensar tal sacrificio... pero qué tienes?... no me conoces?

Mig. Vuelve en tí... has sufrido una pérdida inmensa, pero no irreparable: eres joven, puedes trabajar, y vas á ser feliz.

Rug. Miguel Angel!... Leonor!...

Mig. Tu amigo.

Leo. Tu esposa.

Rug. Ah! Sí, sois la gloria y la felicidad... por qué llegais tan tarde?

Leo. No te entiendo?

Stef. Yo sí... el golpe que ha dado á la estatua se ha repetido en su corazon.

Rug. Leonor... me faltan las fuerzas para conducirte ante el ara... Quién son esos que han venido contigo?

Asc. Toda Florencia que viene á rendir el homenaje debido á tu genio y á llorar tu desgracia.

Rug. El genio!... mira sus restos... la desgracia!... sí soy muy desgraciado, Leonor iba á ser mia y yo no puedo vivir.

Leo. No, no morirás. Dios no permitirá que se extinga una antorcha que debe dar tan vivo resplandor.

Rug. Tienes razon... el porvenir!... la gloria!... Miguel Angel me lo ha asegurado... no puedo... no quiero morir!... pero mi sangre se hiela... es el frio de la muerte... morir ahora! Dios injusto!... insensato de mí! me quejo... blasfemo cuando su bondad me concede un fin tan digno de envidia. Stefano, ya no eres huérfano! mira á tu padre! gracias, Leonor, Miguel Angel, pueblo de Florencia, muero contento porque habeis rodeado de gloria mi última hora. (*Se oyen tres cañonazos.*) Ese ruido... (*Miguel se vuelve.*) Proclaman al vencedor!... Bien, sea dichoso. (*Muere.*)

ESCENA XVI.

DICHOS y UN ENVIADO *del gran duque, acompañado de dos pages, uno de los cuales trae una corona de laurel de oro en un almohadon.*

Env. El gran duque concede á Ruggiero el laurel de oro, y le señala un año de término para hacer otra estatua.

Leo. (*Coronando á Ruggiero.*) Ruggiero, vuelve en tí. Es el laurel de Rafael y de Petrarca.

Mig. Es el laurel de Virgilio, que solo adornará una tumba.

Todos. Ha muerto... Ah!

CUADRO.

